

# Índice

<b>La lengua y la palabra. Trescientos años de la Real Academia Española</b>	2 I
CARMEN IGLESIAS y JOSÉ MANUEL SÁNCHEZ RON	
<b>I. La lengua y el habla: del sonido a la voz y a la letra</b>	
La lengua y el habla: del sonido a la voz y a la letra	
DARÍO VILLANUEVA	3 I
El <i>Diccionario de la lengua española</i> y sus precedentes antiguos europeos	
FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS	4 I
La idea que un lexicógrafo dieciochesco se hacía de la historia del español	
JOSÉ ANTONIO PASCUAL	49
<b>II. La creación de la Real Academia Española y la Ilustración</b>	
El Siglo de las Luces	
CARMEN IGLESIAS	59
La Academia Española y la consolidación de un proyecto cultural	
CARMEN SANZ	69
<b>III. Guerra y revolución: 1802-1812. España en el siglo XIX</b>	
De afrancesados a patriotas en la Real Academia Española	
JOSÉ MARÍA MERINO	81
La Constitución de 1812. Nuevas palabras y nuevos significados	
MARÍA TERESA GARCÍA GODOY	89
España en el siglo XIX	
JUAN PABLO FUSI	97
<b>IV. España y América. La lengua que nos une</b>	
La lengua común	
MARIO VARGAS LLOSA	109
De Andrés Bello a la política lingüística panhispánica	
VÍCTOR GARCÍA DE LA CONCHA	113
Lengua y mestizaje en Iberoamérica	
MIGUEL LEÓN PORTILLA	121
El universo español, el español del universo	
JAIME LABASTIDA	127
La «gramática de la libertad» en la política panhispánica	
ALFREDO MATUS OLIVIER	133
Rufino José Cuervo en la Real Academia	
EDILBERTO CRUZ ESPEJO	139
La Asociación de Academias de la Lengua Española	
HUMBERTO LÓPEZ MORALES	145

## V. Entre dos siglos

- Las mujeres llaman a la Academia  
PILAR DE MIGUEL EGEA 153
- 
- La sede de la Real Academia Española  
ANTONIO FERNÁNDEZ ALBA 161
- 

## VI. Un agitado siglo xx. La lengua como ciencia

- Don Ramón Menéndez Pidal y la filología científica  
GREGORIO SALVADOR 171
- 
- La Escuela de Menéndez Pidal en la Academia  
MANUEL SECO 181
- 
- Los triunfos de la Academia en la España del siglo xx  
HUGH THOMAS 189
- 
- La Academia y la sociedad española en la encrucijada  
de la modernización, 1898-1936  
MANUEL ÁLVAREZ TARDÍO 193
- 
- Salvador de Madariaga: del 36 al 78 una voz de resistencia  
LUIS MATEO DÍEZ 203
- 
- Contra la independencia de la Academia: Autoritarismos y dictaduras  
CARMEN IGLESIAS y JOSÉ MANUEL SÁNCHEZ RON 207
- 

## VII. Revolución cognitiva y tecnológica. El paso al siglo XXI

- Las nuevas tecnologías y los recursos lingüísticos  
de la Real Academia Española  
GUILLERMO ROJO 219
- 
- La historia de la lengua española y la Academia: nuevas perspectivas  
a principios del siglo XXI  
INÉS FERNÁNDEZ-ORDÓÑEZ 225
- 
- Los diccionarios de la Academia  
PEDRO ÁLVAREZ DE MIRANDA 229
- 
- Las gramáticas de la Academia: el difícil equilibrio entre el análisis y la norma  
IGNACIO BOSQUE 237
- 
- Las ortografías de la Academia  
SALVADOR GUTIÉRREZ ORDÓÑEZ 245
- 
- Los *Quijotes* de la Academia  
FRANCISCO RICO 251
- 
- La Biblioteca de la Real Academia Española y sus joyas  
JOSÉ MANUEL SÁNCHEZ RON 257
-

## Catálogo de piezas

I.	<u>La lengua y el habla: del sonido a la voz y a la letra</u>	277
II.	<u>La creación de la Real Academia Española y la Ilustración</u>	283
III.	<u>Guerra y revolución: 1808-1812. España en el siglo XIX</u>	325
IV.	<u>España y América: la lengua que nos une</u>	367
V.	<u>Entre dos siglos</u>	385
VI.	<u>Un agitado siglo XX. La lengua como ciencia</u>	393

## Cronología de hechos y personajes relacionados con la exposición y el catálogo

*La lengua y la palabra. Trescientos años de la Real Academia Española*

CARLOS DOMÍNGUEZ CINTAS Y EVA VELASCO MORENO

445

**Relación de todos los individuos que sucesivamente han ocupado  
las sillas de la Academia y de los individuos que desempeñaron el cargo  
de director desde su fundación**

457

## Bibliografía

463



REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

VELLA

## La lengua y la palabra. Trescientos años de la Real Academia Española

El español es una lengua moderna no solo porque la hablemos varios cientos de millones de personas en el mundo —este factor cuantitativo es importante pero no único— sino porque, a lo largo de su historia, ha ido evolucionando y adecuándose a las nuevas circunstancias históricas, culturales y sociales, de modo que nunca quedó desfasada con la actualidad de una vida que cambia sin cesar en función del avance del conocimiento científico, la evolución de las costumbres, las creencias, los paradigmas éticos y estéticos y de su cotejo con las otras lenguas representativas de la modernidad.

MARIO VARGAS LLOSA<sup>1</sup>

La lengua, la palabra, no es lo que llamamos «la realidad», pero sólo la lengua y la palabra nos proporcionan un marco significativo para entender parcelas de esa realidad y, con ello, poder conformarlas y contribuir a su transformación. «Ahora y en el futuro, os compensará el esfuerzo de ser precisos con el lenguaje —decía Joseph Brodsky a los estudiantes que se graduaban en Ann Arbor—. Cuidad vuestro vocabulario como si se tratase de vuestra cuenta corriente. Dedicadle todo tipo de atenciones e intentad engrosarlo»<sup>2</sup>. Esa era la primera regla para sobrevivir equilibradamente y poder expresarse y entender el mundo, proseguía no sin ironía, pues si la expresión va detrás de la experiencia «eso no puede ser bueno [...] Basta con adquirir un diccionario y leerlo también diariamente, sin olvidar, de vez en cuando, algún libro de poesía. («Detrás de la lengua, la poesía...», insiste nuestra escritora hispano-brasileña Nélide Piñón). Pero lo primordial son los diccionarios».

Hacer un diccionario de la lengua española, constituyendo una Academia «que se compusiese de sujetos condecorados y capaces de especular y discernir los errores con que se halla viciado el idioma español con la introducción de muchas voces bárbaras e impropias para el uso de la gente discreta», fue la proeza que ocho hombres decididos comenzaron un 6 de julio de 1713, en la casa madrileña de don Juan Manuel Fernández Pacheco, marqués de Villena. Apenas un mes más tarde, el 3 de agosto, levantan la primera acta de constitución, en la que consta su propósito de evitar el deterioro del idioma y «advertir al vulgo [...] cuán perjudicial es esto al crédito y lustre de la Nación». Y, con el refuerzo de catorce académicos más, conciben «un amplio diccionario de la lengua castellana, en que se dé a conocer lo más puro de ella». Se dirigen al rey Felipe V para tener una real protección a su iniciativa privada y el 3 de octubre de 1714 llega

la Real Cédula que confirma la creación de la Real Academia Española. Y culminan su proeza con la realización en tan solo trece años —con un rigor y un esfuerzo inmenso y un resultado que convierte a su diccionario en el mejor de Europa (P. Álvarez de Miranda)—, con su publicación como *Diccionario de la lengua castellana en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las frases o modos de hablar, los proverbios o refranes y otras cosas convenientes al uso de la lengua*, comúnmente conocido como *Diccionario de autoridades*.

La historia de esta hazaña y la de estos trescientos años de la institución, inserta en la historia y los avatares de la propia historia de España y de los españoles, es la que hemos querido transmitir a través de la exposición histórica y de este libro, catálogo de la exposición y libro-institucional de un aniversario tricentenario en el que la Academia muestra su quehacer diario y su pionera adecuación, en su campo, a las nuevas tecnologías, que han permitido un salto cualitativo en el conocimiento y en su difusión. La definición que Ignacio Bosque ha dado en alguna ocasión sobre la lingüística moderna —«se encuentra en el punto medio de disciplinas distintas *entre las humanidades y las tecnologías*»— es, a nuestro parecer, extensiva a la actividad esencial de nuestra Academia para «cuidar la lengua» y ser al tiempo «notarios de uso» de los cambios que los hablantes van introduciendo en el sistema complejo que es una lengua. Y podríamos parafrasear esa doble hélice también para la propia historia de la institución y de sus académicos en cada momento histórico proyectándola sobre la historia general con sus etapas, sus riesgos y las decisiones y actitudes que en cada momento toman las personas que forman la corporación. Una institución que, a lo largo de tres siglos, ha logrado combinar, a veces con avances y otras con retrocesos, una rica tradición con la innovación que los tiempos y los avatares históricos traían inevitablemente. «No hay creación sin tradición que la sustente. No hay tradición sin creación que la renueve», recuerda Carlos Fuentes citando a T. S. Eliot cuando habla de «una suerte de necesidad verbal que consiste en escuchar el lenguaje que nos precedió, la obligación de que el presente altere al pasado como el pasado altera el presente»<sup>3</sup>.

Una función básica de la historia es precisamente mantener abierto el futuro, al conocer desde el presente un pasado que podía tener distintas alternativas, pero que se deslizó hacia unas determinadas por un complejo de circunstancias objetivas y de decisiones humanas. La liturgia de las conmemoraciones

tiene esa finalidad principal de intentar comprender nuestro presente a través de un saber más preciso y de una óptica distinta de lo que pasó. Los académicos que formaron parte de la institución tuvieron que compaginar sus trabajos rigurosos con las situaciones políticas y sociales con las que se encontraban. Las «torres de marfil» nunca existieron.

Para ello, y dentro de una estructura a grandes rasgos cronológica al tiempo que conceptual, hemos destacado los momentos más significativos de cada período. Pretendemos que el visitante de la exposición y el lector de este catálogo puedan obtener o recordar en su caso una visión general, y al tiempo precisa, sobre los hitos más importantes sucedidos en la historia de la lengua y de algunos cambios lingüísticos, así como en los sucesos complejos de estos tres siglos y su reflejo en la institución académica. Una cosa y otra no tienen una relación causal lineal en absoluto, pero, como enseñó don Ramón Menéndez Pidal y toda una pléyade prestigiosa de historiadores y de estudiosos de las lenguas, no existen hechos independientes aunque los aislemos para poder comprobarlos, si bien luego tenemos que relacionarlos, al menos en parte, para poder comprenderlos. «La historia general [...] es el vínculo entre las historias especiales» y, aunque hoy tenemos la evidencia de que nos movemos siempre «entre huecos y fragmentos» (Havel), aceptamos también la concepción menéndezpidaliana «más integralmente humana, que encuadra los hechos lingüísticos entre las formas de vida y de cultura»<sup>4</sup>.

Como todo no se puede contar *exhaustivamente* (caeríamos en el mapa imposible borgiano), hemos primado lo *significante* de cada momento, siendo muy conscientes de que «los huecos y fragmentos» son inevitables. Hemos dividido la muestra en siete capítulos fundamentales que, relacionados entre sí, ofrecen a su vez cada uno de ellos *un viaje imaginario a una época y a una situación concreta de la historia de la lengua, de la propia Academia y desde luego de los avatares personales de algunos de los académicos más notables en cada momento*. Y, a continuación de los textos de estos capítulos, el lector encontrará la catalogación de las 322 piezas que forman el relato de la exposición, con sus correspondientes fichas catalográficas e históricas, así como con pequeños textos introductorios de las distintas secciones y apartados.

El capítulo I nos adentra en la doble condición del lenguaje como magia y como ciencia en la historia humana. Darío Villanueva nos introduce en su brillante artículo «La lengua y el habla. Del sonido a la voz y la letra», que da título a este primer bloque, en

la sustancia de la exposición y de este libro. Sus páginas conducen desde el carácter demiúrgico que todas las civilizaciones han otorgado al lenguaje articulado humano, y luego a la escritura, así como a la diferencia entre *lenguaje y lengua*, hasta el alcance científico que adquiere en la modernidad el sistema lingüístico y las relaciones entre *la lengua y el habla*. Las tres etapas de MacLuhan sobre la escritura y el habla hasta llegar a nuestra actual «galaxia Internet»; la preeminencia de *lo visual* en la cultura occidental y sus vueltas y revueltas, así como la función que, desde su creación, ejerce respecto al español la Real Academia Española, son temas que atraviesan coherente y rigurosamente esta primera introducción en nuestra historia.

Se completa este primer bloque con dos artículos de dos maestros de la Academia de dos generaciones diferentes: Francisco R. Adrados, sobre los precedentes antiguos y europeos de los diccionarios y José Antonio Pascual, uno de los mejores conocedores de la historia profunda de la lengua española.

Un segundo capítulo, «La creación de la Real Academia Española y la Ilustración», narra, a través de dos artículos de dos historiadoras —Carmen Iglesias y Carmen Sanz—, el contexto ilustrado en el que fue posible que surgiera una institución como la Real Academia Española, sus precedentes, sus influencias, sus resultados, su mantenimiento y la ejecución del gran *Diccionario* gracias a la asignación de recursos procedentes de la Renta de Tabaco que decretó Felipe V en 1723. Esta renta era, según Ustáriz, la más útil y segura, «ya que su recaudación era constante y sin altibajos, no planteaba problemas de legitimidad ya que gravaba un *vicio* y no una necesidad y era la única que había crecido tanto en términos absolutos como relativos a lo largo del último tercio del siglo xviii. De hecho —nos cuenta Carmen Sanz— fue el sostén económico fundamental para alimentar la maquinaria bélica durante el conflicto sucesorio». Ello también permitió con el tiempo dar a los académicos unos gajes no muy altos, pero que permitían una ayuda en su trabajo intensivo y sobre todo para poder ayudar a aquellos académicos de la corporación sin fortuna propia y ancianos. Algo que caracterizó a la Real Academia Española en toda su historia: su preocupación y atención a los mayores.

De la Ilustración del siglo xviii y de un ámbito reformista y más o menos estable, el estallido de la guerra con la invasión napoleónica y el levantamiento del 2 de mayo y sucesivos, nos sitúa en un siglo xix que no dejará de ser conflictivo. El tercer capítulo «Guerra

y revolución: 1808-1812. España en el siglo XIX», nos cuenta la compleja y dura transición del Antiguo Régimen a un sistema liberal-constitucional. Juan Pablo Fusi sintetiza en su excelente escrito los distintos episodios y las diferentes etapas en las que, incluso con características peculiares como son los pronunciamientos militares en la alternancia de los partidos políticos, se consigue una cierta estabilidad constitucional que permite a su vez una modernización económica visible ya desde mediados de siglo y especialmente a partir de la Restauración. Aún con desequilibrios y desigualdades, las guerras carlistas, los golpes militares, la revolución de 1868, el caciquismo, la pérdida de los últimos dominios en América en 1898, y un largo etcétera de problemas, lo cierto es que el régimen parlamentario no se interrumpió desde 1833, a la muerte de Fernando VII, hasta la dictadura de Primo de Rivera en 1923: «la España de 1900 —concluye Fusi— era una España radicalmente distinta de la España de 1800», con otras posibilidades y expectativas.

Especialmente por lo que concierne a la Real Academia Española y a los académicos, el siglo evidentemente fue bastante movido, pero quizás los peores momentos para la institución y sus miembros se vivieron en el primer cuarto de siglo, en la ruptura que supuso la invasión francesa y en una larga guerra contra el invasor, una guerra «gloriosa y fatal» —la más larga de las napoleónicas europeas— y en la vuelta del absolutismo de Fernando VII. Un largo período de guerra, revolución, represión, expatriación y división de la comunidad académica, con historias personales apasionantes y dramáticas que marcaron a tres generaciones. José María Merino nos describe ese primer cuarto de siglo y nos transmite el recuento personal de las vidas de los académicos y de sus adhesiones a la «España de la resistencia» (desde Jovellanos y una mayoría de patriotas) a colaboracionistas con José I o afrancesados políticos, en algunos casos no menos patriotas; a los indecisos que pasan a veces de un lado a otro, que participan en la constitución de Bayona con el rey impuesto, pero luego están también comprometidos en Cádiz y en la Constitución (y finalmente todos igualados en la represión fernandina en 1814 y en 1823). Pero estos acontecimientos y esta conmoción dejan huella profunda en nuestra lengua, en nuevas palabras y nuevos significados léxicos y semánticos, comenzando por *liberal*, *liberalismo* («¿voces de raíz hispánica?»), y de todo ello la profesora y filóloga María Teresa García-Godoy escribe unas páginas rigurosas y esclarecedoras, en las que «la lengua revolucionada en el Cádiz de las Cortes» y la impronta del «vocabulario doceañista en el diccionario académico» penetra en el mismo, recordando

que, «por primera vez, un grupo de intelectuales ostentó la doble condición de diputado y académico».

Pero en ese primer cuarto del siglo XIX otro gran hecho histórico tuvo lugar: la desintegración de los virreinos de la Monarquía Hispánica en los reinos de Indias y *el surgimiento e independencias de las Repúblicas americanas*. Ambos procesos están vinculados a los sucesos peninsulares de 1808, 1812 y 1814: la invasión francesa, la guerra en España por la independencia, el vacío de poder, la constitución de Cádiz, en la que participaron activamente representantes españoles americanos (el conocido artículo primero de la Constitución comenzaba con la solemne declaración de «La Nación española es la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios»), pero de 1810 a 1824 la ruptura política es definitiva y precisamente en estos años del bicentenario de las independencias abundan las investigaciones y estudios sobre estos procesos. Nosotros no entramos en esa parte de la historia; desde el punto de vista de nuestra historia de la lengua y de la Real Academia Española, lo que queremos mostrar es otra cosa: el hecho casi milagroso de la no ruptura de la lengua española gracias a la voluntad, decisión e inteligencia de algunos próceres americanos en aquellas jóvenes repúblicas independientes y al buen hacer a ambos lados del Atlántico de personas e instituciones que mantuvieron *la lengua común, la lengua que nos une*. A este hecho histórico va dedicado el capítulo IV: «España y América. La lengua que nos une». Y no sólo es el mantenimiento de la unidad de la lengua, sino por la difusión de la misma. La hispanización lingüística la realizaron los americanos después de su independencia política, al fomentar las nuevas repúblicas la alfabetización del español en las escuelas para todas las clases sociales. Se rompía así con la indefinición de una política lingüística que, durante tres siglos, mantuvo la Monarquía Hispánica entre la defensa y evangelización en las propias lenguas indígenas (de asombrosa y amplísima diversidad), a través de la labor impresionante de las «gramáticas en cascada» de estas lenguas, que realizan y fijan los misioneros y, por otro lado, la utilidad y necesidad de una lengua de comunicación general, facilitadora de movilidad social y de una educación para todos.

Si «la lengua que hablamos nos unió» (Vargas Llosa) y, en el encuentro de españoles e iberoamericanos ya en el siglo XVI se produjo un profundo *mestizaje*, con sus costos y sombras y luces, pero donde el castellano peninsular se transformó en el *español*, con sus «muy hondas raíces culturales, tanto indígenas como españolas» (León-Portilla), la implantación como *lengua*

*común* se realizó a partir de las independencias. «En español se habían alzado los gritos de independencia y en español se habían consolidado las constituciones y administraciones de las jóvenes repúblicas» (*ibidem*) *Lengua de la rebelión y de la esperanza*. En este punto fue decisiva la labor, magistral y apostólica de Andrés Bello quien, «con su acción cultural agrupó a todos y, en su afán de independencia espiritual se convirtió en una especie de Libertador de esa América hispana» (V. García de la Concha). José Martí le llamó «maestro de repúblicas», «señor y legislador de su majestuosa lengua», «el mejor de los nuestros». Su «gramática de la libertad» (A. Matus), su famosa *Gramática* de 1847, se estudió en toda América (así como sus innumerables trabajos como el *Código civil* de 1855, adoptado por la mayoría de las jóvenes repúblicas, o la *Ortología* de 1851, aceptada de inmediato por la propia Real Academia Española como doctrina académica para todos) y contribuyó a esa universalidad del español de la que nos habla Jaime Labastida.

A Andrés Bello, a Rufino José Cuervo y, en general, a las personas y a las repúblicas que hicieron posible esta hazaña, se rinde homenaje en la exposición y en este libro, al tiempo que se narran las buenas y recíprocas relaciones en esta cuestión a ambos lados del Atlántico y otros avatares. Con ellos se inicia ya una idea de una política lingüística *panhispánica* que se ha materializado en los siglos xx y xxi y sigue cada vez más firme. Toda una plana mayor «panhispánica» escribe preciosos textos en este capítulo IV de nuestro libro institucional, siete académicos de nuestra lengua a ambos lados del Atlántico: Mario Vargas Llosa, Víctor García de la Concha, Miguel León-Portilla, de la Academia Mexicana; Jaime Labastida, director de la Academia de México; Alfredo Matus, director de la Academia de Chile; Edilberto Cruz Espejo, de la Academia de Colombia, y Humberto López Morales, secretario de la Asociación de Academias de la Lengua Española. Gracias a todos ellos.

Otras cuestiones y otros acontecimientos fueron importantes para la historia de la Academia en el filo entre el siglo xix y el xx. Hemos querido destacar, en el apartado V, «Entre siglos», dos fundamentales: «Las mujeres llaman a la Academia» y «La sede de la Academia» como asiento definitivo de la institución y de sus miembros. Sobre este último, Antonio Fernández Alba, nuestro brillante arquitecto y académico, nos proporciona una excelente historia del peregrinaje de la corporación desde la casa del marqués de Villena, en su fundación del siglo xviii, hasta este espléndido solar donado por la Corona para que se

edificara exclusivamente la sede de la Real Academia Española, dentro del entorno del barrio del Bueno Retiro. Así se hizo, y constan los planos, las disposiciones del Ministerio de Fomento y el proceso de edificación y amueblamiento a cargo fundamentalmente de la propia Real Academia Española en tiempo récord, ya que en 1894 se inaugura solemnemente la sede de Felipe IV, con la asistencia de la familia real en pleno, todo el gobierno, las dos Cámaras y el cuerpo diplomático junto con otras autoridades civiles y religiosas. Y dedicamos un espacio singularizado en la muestra y un excelente artículo de la historiadora del Arte, Pilar de Miguel, para contar la historia de unas mujeres que, con la excepción del caso de María Isidra Quintina de Guzmán y de la Cerda en el siglo xviii, primera mujer académica en la institución en la categoría de honoraria, llamaron inútilmente a la puerta de la Academia desde mediados del siglo xix hasta más allá de mediados del xx. En un contexto general europeo que, a partir del siglo xix, y recogiendo una larga tradición misógina occidental, valora el papel de la mujer como «ángel del hogar» y considera vetado su paso al espacio público, a la palabra, a las influencias y poderes político-sociales (salvo excepciones que se ven incluso como «anormalidades»), las instituciones intelectuales y académicas siguen la misma pauta. Gertrudis Gómez de Avellaneda, la gran Pardo Bazán, Blanca de los Ríos, Concha Espina, María Moliner, y algunas otras intentan en vano ser admitidas en la Corporación. De hecho, hay que llegar a la restauración de la democracia, en 1977 para que ingrese la primera mujer, Carmen Conde, en la Real Academia Española (pero, sin las ataduras dictatoriales, es sintomático el que la primera mujer que ingresa en la Académie Française, Marguerite Yourcenar, lo hace en 1980). A Carmen Conde han seguido ocho mujeres más... y las que vendrán. El camino abierto es ya irreversible.

El capítulo VI, «Un agitado siglo xx. La lengua como ciencia», es en buena medida la crónica de nuestro tiempo y de nuestros inmediatos antecesores. A través de los seis artículos que componen este período, asistimos a las convulsiones históricas que sacudieron el siglo pero, especialmente, a los cambios y vicisitudes de la Academia y de sus académicos. Y, en primer lugar, al desarrollo rigurosamente científico de los estudios lingüísticos que, si ya se habían iniciado en el siglo anterior, adquieren en el xx la consolidación de métodos y de teorías cada vez más sofisticados y precisos, hasta desembocar en la explosión tecnológica que ha permitido un enriquecimiento y variación en tiempos y técnicas en el conocimiento y tratamiento del



lenguaje nunca antes imaginado. En nuestra historia, la gran figura emblemática de toda la primera mitad de siglo y aún más allá a través de sus discípulos y su influyente escuela, es sin duda don Ramón Menéndez Pidal. Dos grandes maestros de nuestra Academia, Gregorio Salvador y Manuel Seco, nos relatan en espléndidos textos la vida personal e intelectual del gran filólogo que realizó una labor ciclópea y que, con «la inagotable fecundidad de su magisterio», dio lugar a sucesivas generaciones de discípulos «directos primero, indirectos después», que cubrieron «toda la amplia nómina de la lingüística española contemporánea», hasta poder hablar de tres generaciones sucesivas (G. Salvador). Nombres como Tomás Navarro Tomás, Américo Castro, Rafael Lapesa, Manuel Alvar, Dámaso Alonso, García de Diego, Zamora Vicente, el mejicano Alfonso Reyes, el dominicano Pedro Henríquez Ureña, Samuel Gili Gaya, etc., etc., reviven en estas páginas y nuestro académico Manuel Seco dirige especialmente nuestro interés hacia la vinculación a ambos lados del Atlántico de escritores, poetas, filólogos, científicos de distintas disciplinas, que crean entre el Centro de Estudios Históricos, la Real Academia Española y los centros académicos, científicos y literarios, de la América hispana unos lazos profundos, que se ahondan y fructifican en medio del tremendo desastre de la guerra civil española y del exilio de buena parte de intelectuales y científicos de aquellas generaciones de españoles, que encontraron en los países latinoamericanos una nueva patria y un hogar.

Sir Hugh Thomas, con su pluma ágil y amena, y el joven historiador Manuel Álvarez Tardío trazan, en sendos escritos, los avatares de un siglo que realmente comenzó para los españoles en 1898, estalló en 1936, sufrió la tragedia de la guerra civil hasta 1939, sobrevivió a una posguerra prolongada y continuó su desarrollo bajo una dictadura de cuarenta años y fue capaz de restaurar una democracia parlamentaria con una monarquía constitucional que, a partir de 1975 y con la constitución de 1978, ha proporcionado décadas de estabilidad y crecimiento continuado. La historia general y la historia de la Real Academia Española, que Álvarez Tardío profundiza hasta mediados de siglo, enlaza con el hermoso texto de Luis Mateo Díez dedicado a Salvador de Madariaga. «Una voz de resistencia», que es emblemática para la Corporación, al ser el único superviviente de los académicos represaliados directamente por el régimen franquista en 1941 —ya expatriados todos ellos desde el año 39— que vivió para volver con la democracia y leer su discurso de ingreso en la Real Academia Española en 1976, tomando pose-

sión del *mismo* sillón —letra M— para el que había sido elegido por sus compañeros académicos antes de la guerra y que la Academia había conservado sin cubrir —como hizo también con los otros cinco académicos represaliados— en un acto que la honra, ya que jamás llevó a cabo la expulsión decretada por el gobierno franquista de 1941.

Y ello enlaza con el último artículo que hemos incluido en este capítulo. Un análisis de las intervenciones gubernamentales o políticas que en trescientos años ha sufrido la Academia, siempre de parte de gobiernos o regímenes autoritarios o dictatoriales. Sólo el absolutismo de Fernando VII (1814-1833), la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930), el Frente Popular de 1936 y la dictadura franquista en 1938, 1941 y 1951, se han atrevido a intervenir por decreto y en algunos casos con suma violencia en la organización de la Academia y contra las personas de los académicos. Como se puede comprobar, salvo en el caso de Fernando VII, los otros tres ataques a la corporación son todos realizados en este agitado siglo xx, el siglo que sufrió los totalitarismos de uno y otro lado. Una lección histórica que no se debe olvidar.

Pero, como ya se vio, también hubo luces en medio de tantas sombras. Además de la labor científica que solo la guerra interrumpió y obligó a varios académicos a exiliarse, y romper así la cadena de conocimientos, que tuvo que ser reanudada con gran esfuerzo y trabajo, hubo, especialmente en el último cuarto de siglo, ya en democracia, logros importantes y algunos decisivos, tanto en el campo filológico y del cuidado de la lengua como en los organizativos e institucionales. Uno que quisiéramos resaltar muy singularmente es la creación en 1984 de la Asociación de Amigos de la Real Academia que, a partir de 1993, se actualiza y moderniza su funcionamiento convirtiéndose en la Fundación Pro-Real Academia Española. A ella dedicamos, tanto en la exposición como en este libro, un espacio breve pero singular, ya que su existencia ha sido vital para las labores de la Academia y, gracias a las aportaciones de sus miembros benefactores, la institución ha podido realizar obras como el *Banco de datos léxico del español*, el *Diccionario del estudiante*, el *Diccionario panhispánico de dudas* o la *Nueva gramática de la lengua española*. Desde aquí, reiteramos nuestro agradecimiento.

El capítulo que cierra nuestro libro, el apartado VII, «Revolución cognitiva y tecnológica. El paso al siglo XXI», muestra las profundas transformaciones que la era digital y computacional ha introducido en nuestras vidas y, como no podía ser menos,

en el lenguaje, en el estudio y análisis de la lengua y desde luego en los métodos e instrumentos de la Academia. A través de los siete rigurosos escritos que lo componen, la plana mayor de nuestros filólogos sintetizan los hitos que han marcado las nuevas tecnologías en las tareas académicas. Guillermo Rojo expone brillantemente y en lenguaje claro y preciso las líneas generales que han guiado esta «revolución instrumental» que supone el uso de la electrónica «y muy específicamente las computadoras». Tal profunda revolución instrumental, aunque se distinga de las revoluciones conceptuales o cambios de paradigma científico (Kuhn), afecta sin duda a la percepción y análisis en profundidad de los estudios lingüísticos y supone «una profunda reestructuración» de los mismos. «Lingüística informática», «lingüística computacional», «tecnología lingüística» son «tres componentes nuevos entre sí y con los tradicionales» dan lugar a una larga serie de aplicaciones que eran inimaginables antes de la era Internet y de la Red. Este nuevo mundo apasionante ha permitido la introducción revolucionaria de la «lingüística de corpus» que multiplica por millones las conexiones y formas de la lengua y su utilización por sus usuarios. En la exposición, naturalmente, se muestra esta revolución a través del CORPES y otros logros lingüísticos (la acometida del nuevo *Diccionario histórico* entre ellos y otros muchos, con algunos de los cuales se podrá incluso interactuar en directo), pero, en este libro y catálogo, el texto de Rojo nos da precisa y rigurosa información y análisis de todo ello.

Si, como dijimos en otro lugar, parafraseando a Ignacio Bosque, estaríamos situados en la Academia «entre las humanidades y las nuevas tecnologías», el artículo de nuestra más joven académica, Inés Fernández-Ordóñez, es paradigmático de este postulado. En su escrito se analizan tanto la ilación como los profundos cambios que, entre finales del siglo xx y este siglo xxi, han recorrido la institución y los estudios lingüísticos desde la tradición científica de Menéndez Pidal a los nuevos corpus. Tres ejes «sobre los que giran los grandes cambios metodológicos», que desde finales del siglo xx y principios del xxi fueron susceptibles de quedar abiertos por las puertas que abría la informática, son recorridos en el inteligente escrito de Fernández-Ordóñez, proporcionándonos en su síntesis una clara visión de conjunto.

Los modelos de todo ello son las estrellas de nuestra exposición: El *Diccionario*, la *Gramática* y la *Ortografía*. Todas ellas consensuadas por las veintidós Academias de la Lengua Española, todas ellas ejemplo del rigor científico, la pasión por lo que se

realiza, la dedicación generosa a unos trabajos absorbentes. Pedro Álvarez de Miranda, a cuyo saber y a sus inteligentes y precisos trabajos hemos recurrido casi constantemente para la preparación de exposición y libro, nos cuenta con exactitud y amenidad las historias y trabajos de los diccionarios de la Academia —los diccionarios que recomendaba Brodsky como primordiales para el cuidado de la lengua—. Ignacio Bosque, nuestro sabio, inteligente e incansable trabajador que, durante once años, ha coordinado los equipos a uno y otro lado del Atlántico para conseguir la *Nueva gramática*, con la aprobación emocionante en Medellín, en marzo de 2007, de las veintidós Academias de la Lengua Española, escribe sobre esta y todas las *Gramáticas* de la Academia e incide en uno de los temas controvertidos y apasionantes al respecto: «el difícil equilibrio entre el análisis y la norma», es decir, entre la pura y objetiva descripción de lo que hay o la necesidad de una normatividad que «ordene» en parte lo que surge día a día en los cambios de los hablantes y de la lengua. Salvador Gutiérrez Ordóñez nos proporciona, respecto a la *Ortografía*, de la que también ha sido el coordinador con América y con la que se completa este trío de publicaciones fundamentales, un estudio igualmente preciso y esclarecedor de la historia no siempre pacífica alrededor de las ortografías en distintas épocas de nuestra corporación y, de nuevo, la discusión siempre abierta entre ese difícil equilibrio entre normatividad o «notariado del uso» que hacen los hablantes-escribientes del idioma español.

Los dos últimos escritos de este capítulo nos devuelven al campo de la investigación literaria filológica, por un lado y, por otro, a los libros, ediciones, tesoros que guarda nuestra biblioteca tricentenaria. Una labor fundamental de la Academia ha sido la edición de clásicos españoles, de la que Francisco Rico es sin duda un investigador de primerísima fila nacional e internacionalmente. Rico nos regala un precioso texto sobre las ediciones del *Quijote* por la Academia que recorre, de forma rigurosa y acerada, en su personal y brillante estilo, las sucesivas publicaciones del *Quijote* y todo el entramado que las rodea. Por su parte, José Manuel Sánchez Ron, académico bibliotecario e historiador de la ciencia, nos muestra los tesoros y joyas bibliográficas que guardamos en la Casa, los legados importantes que hemos recibido y, en general, un patrimonio artístico que es cuidado con mimo y rigor por las eficientes y dedicadas personas que se ocupan de la biblioteca, archivo y legados, a los que transmitimos nuestro más profundo agradecimiento por su apoyo y ayuda para esta muestra y catálogo.

A continuación de las fichas catalográficas e históricas, ya mencionadas, incluimos una cronología con los principales acontecimientos generales y los especiales de la Academia, una relación de «Los sillones de la Academia» y sus académicos en los trescientos años, y la bibliografía correspondiente.

Toda exposición histórica y su correspondiente catálogo es siempre una obra colectiva, producto de la colaboración entre distintos profesionales y equipos especializados, aparte de la aportación imprescindible y generosa de todos y cada uno de los prestadores de piezas y escritores de textos. A todos nuestro inmenso agradecimiento, pero, además de la relación que figura aparte en agradecimientos a personas e instituciones, quisiéramos mostrar especial gratitud a los patrocinadores que han hecho posible esta muestra, Acción Cultural Española y, para este libro institucional y catálogo, la Fundación BBVA, así como a nuestra generosa anfitriona, la Biblioteca Nacional, que nos ha antecedido en unos meses en el cumpleaños de su tricentenario. Todos y cada uno de los académicos, hayan participado o no con sus textos, nos han brindado continuamente apoyo,

ideas, ayudas de todo tipo y por eso las partes positivas de estos trabajos es atribuible a todos y agradecemos profundamente su confianza, entusiasmo y participación. Igualmente debemos agradecer a particulares e instituciones las sugerencias y ofrecimientos siempre interesantes y oportunos que nos han brindado y que a veces han llegado demasiado tarde, o ya teníamos pieza similar, para incorporarlos; a todos, nuestro recuerdo agradecido. Nuestro equipo científico ha demostrado una vez más su excelencia y deseamos expresar nuestra gratitud a cada uno de ellos y a nuestro coordinador en la Academia, Carlos Domínguez, sin cuya paciencia, conocimientos y buen hacer profesional y personal hubiera sido difícil llegar exitosamente al final. Igualmente a nuestros equipos de diseño de la exposición, a Pedro García Ramos, y a los de este libro, Ediciones El Viso, muy especialmente por lo que han tenido que sufrir con los tiempos tan cortos en los que ha habido que sacar adelante una exposición de 322 piezas con sus fichas y cartelas y una treintena de textos y apéndices complejos. Y al fin realizarlo todo con la profesionalidad y excelencia a las que nos tienen acostumbrados. A todos, muchas gracias.

<sup>1</sup> «La lengua común», capítulo IV de este catálogo-libro institucional.

<sup>2</sup> Brodsky 2000, «Discurso en el estadio», pp. 143-144.

<sup>3</sup> Fuentes 2005.

<sup>4</sup> Lapesa 1996, pp. 23-33.